



Tp. III. de F. Nacenta, editor.

CONSEJO DE LOS DIOSSES

LA ILIADA

LIBRO CUARTO

ARGUMENTO

*Después de este combate el dios Tonante
junta á los inmortales al instante,
y sale del consejo decretado
que se quebrante luego aquel tratado:
con lo cual los argivos y troyanos,
nuevamente se embisten inhumanos.*



Los Dioses, en el áureo pavimento
del palacio de Jove reunidos
y ocupando las sillas eternas,
en pláticas sabrosas alternaban
mirando á la ciudad de los Troya-
miétras Hebe oficiosa les servía [nos,
el dulce néctar en las copas de oro
con que alegres brindaban; pero Jove,
en palabras mordaces deseando
á Juno zaherir, así decia
hablando con los otros inmortales:
«Dos Diosas del Olimpo favorecen
»á Menelao: Juno, venerada
»en Árgos; y Minerva, protectora
»de Alalcomene: y complacidas sólo
»en verle pelear, y de la tierra
»alejadas, el cielo no abandonan.
»Y en tanto Vénus amorosa á Páris
»asiste siempre, y de la negra Parca
»acaba de salvarle cuando él mismo
»no esperaba vivir; mas la victoria
»quedó por el valiente Menelao.
»Deliberemos, pues, entre nosotros,
»si renovar la sanguinosa guerra

»y los tristes combates deberemos,
»ó en duradera paz ambas naciones
»y en amistad unir. Si mî dictámen
»es por todos los Dioses aprobado,
»y á todos place, quedará habitada
»la ciudad del Rey Príamo, y Elena
»al poder volverá de Menelao.»

Así Júpiter dijo; y al oírle
Minerva y Juno, que los áureos tronos
inmediatos tenían y de Troya
entre sí la ruína concertaban,
de cólera los labios se mordieron.
Minerva, aunque irritada con su padre
y de altísimo enojo poseida,
no siendo osada á replicar á Jove,
permaneció en silencio; pero Juno
ya contener la cólera en el pecho
no pudo, y exclamó: «¿Qué pronunciaste,
»hijo terrible de Saturno? ¿Quieres
»hacer ahora inútil mi trabajo,
»y que el fruto no vea del copioso
»sudor que derramé cuando juntaba
»ejércitos que á Príamo y sus hijos
»asolacion trajesen? Mis bridones
»se cansaron tambien. Haz lo que dices;

»mas tu resolución jamás esperes
 »que las otras deidades aprobemos.»
 Altamente indignado el padre Jove,
 á Juno respondió: «Cruel! ¿Qué ofensa
 »recibiste de Príamo y los hijos
 »de Príamo, que siempre la ruína
 »pidiendo estás de la soberbia Troya?
 »Si dentro de las puertas y los muros
 »penetraras, y vivos devorases
 »á Príamo y de Príamo á los hijos,
 »y á los demás Troyanos, sólo entónces
 »el odio que les tienes saciarías.
 »Tu voluntad se cumpla: ya no quiero
 »que esta disputa en adelante sea
 »ocasion de rencilla entre nosotros.
 »Pero tambien te digo, y en el alma
 »grabado lo conserva, que si un día
 »otra ciudad airado deseara
 »yo destruir donde nacido hubieren
 »hombres que tú defiendas, mi venganza
 »no retarde tu ruego. Su ruína
 »deja que yo consume, como ahora,
 »á tu clamor cediendo, á pesar mio,
 »la ciudad que más amo te abandono.
 »Sí: bajo el sol y el estrellado cielo
 »no hay entre todas las demas ciudades
 »que los hombres habitan, una sola
 »que me haya sido al corazón tan grata
 »como el sacro Ilion, y todo el pueblo
 »del magnánimo Príamo, y el mismo
 »piadoso Rey; que allí sobre mis aras
 »escogidos manjares numerosos
 »jamás faltaron, ni el olor y el humo
 »de las reses, ni puras libaciones:
 »y este es el homenaje que á nosotros
 »deben los hombres.» Iracunda Juno,
 »replicó todavía: «Tres ciudades
 »son las que yo protejo: Argos, Esparta
 »y la grande Micénas. Si te fueren
 »al corazón odiosas, al instante
 »las destruye; que yo, ni las definiendo,
 »ni á tu deseo me opondré. ¿Qué hiciera
 »con oponerme yo y en su ruína
 »no consentir de grado, si más fuerte
 »eres y poderoso? Mas es justo
 »que inútil mi trabajo no haya sido.
 »Yo soy Diosa tambien, y mi linaje
 »es el mismo que el tuyo, pues soy hija
 »del anciano Saturno; y respetada
 »debo ser por mi alcurnia, y porque el nombre

»llevo de esposa tuya y soberano
 »eres tú de los Dioses. En contiendas
 »cual la presente, que cedamos justo
 »es uno de los dos; porque si hoy cede
 »al mio tu deseo, acaso un día
 »habré yo de ceder; y así en el cielo
 »no reinará la division. Ahora
 »dí á Minerva que baje á las escuadras
 »de los Teucros y Aquivos, y procure
 »que sean los Troyanos los primeros
 »que violando la fe de los tratados,
 »ofendan á los Griegos, que orgullosos
 »con la victoria están.» Así decia
 Juno; y cediendo de su cara esposa
 al deseo, y la cólera olvidando,
 el padre de los hombres y los Dioses
 dijo á Minerva en rápidas palabras:

«Baja al instante al anchuroso campo
 »de los Teucros y Aquivos, y procura
 »que sean los Troyanos los primeros
 »que violando la fe de los tratados,
 »ofendan á los Griegos, que orgullosos
 »con la victoria están.» Así decia
 Júpiter á Minerva, que impaciente
 el mandato esperaba, y al oírle
 bajó desde las cumbres del Olimpo
 en raudo vuelo. Cual luciente estrella
 que de Saturno el hijo poderoso
 un presagio fatal de lo futuro
 envia desde el cielo al navegante,
 ó al vasto campamento de las tropas,
 y que en muchas centellas se divide;
 tal entónces bajó desde el Olimpo
 Minerva, y por los densos escuadrones
 rápida penetró. Todos al verla,
 Aquivos y Troyanos, en profunda
 admiración cayeron, y hubo alguno
 que de este modo al compañero dijo:

«Ya no dudemos que la cruda guerra
 »de nuevo y los combates sanguinosos
 »empezarán; ó el soberano Jove,
 »que la guerra y la paz á los mortales
 »distribuye á su arbitrio, en duradera
 »amistad unirá á las dos naciones.»

Así hablaban Aquivos y Troyanos:
 y entre tanto Minerva, asemejada
 á Laódoco, guerrero valeroso
 y de Antenor nacido, por la turba
 penetró de los Teucros y cuidosa
 á Pándaro buscaba, que á los Dioses

igualaba en valor. Y habiendo hallado
 de Licaon al hijo belicoso,
 célebre flechador, entre las filas
 de las valientes tropas, que cubiertas
 de pesados broqueles, hasta Troya,
 desde la margen del oscuro Eseo,
 le siguieran, poniéndose á su lado,
 así le dijo en halagüeñas voces:

«¿Querrás oír mi voz, oh valeroso
 »hijo de Licaon? Si te atrevieras
 »una flecha á lanzar á Menelao,
 »honra mucha entre todos ganarias,
 »y te lo agradecerían los Troyanos,
 »y el Príncipe Alejandro más que todos.
 »Y te daría numerosos dones,
 »si, herido por tu flecha Menelao,
 »en la fúnebre hoguera su cadáver
 »viera luego poner. Lanza atrevido
 »tu flecha al orgulloso hijo de Atreo,
 »y ofrece al padre de la luz, Apolo,
 »que si con vida á los paternos lares
 »te concede volver, una hecatombe
 »le sacrificarás de los primeros
 »corderillos que crien tus ovejas.»

Así Pálas hablaba, é imprudente
 Pándaro la creyó; y el arco hermoso
 de la caja sacó, que fabricado
 fuera con las dos astas de una cabra
 corpulenta y cerril. En otro tiempo,
 habiéndose ocultado en la espesura
 del monte, la matara con su flecha
 al bajar de un peñasco; que en el pecho
 logrando herirla, sobre la alta roca
 tendida y muerta la dejó. Las astas,
 cada una de las cuales ocho palmos
 era de larga, artífice famoso
 unió despues, y habiéndolas pulido,
 anillos de oro donde atar el nervio
 á la punta añadió. Pándaro entónces,
 tendido el arco, le inclinó á la tierra,
 y cual hábil archero, le dispuso
 para tirar la flecha: y sus amigos,
 rodeándole todos, le cubrían
 con sus altos escudos; no vinieran
 los Aquivos sobre él, y le matasen
 ántes que fuese herido Menelao.
 Quitando luego del carcax la tapa.
 una flecha escogió que todavía
 disparada no fuera, voladora,
 y origen de agudísimos dolores.

Y al poner en el nervio la saeta,
 ofreció al padre de la luz, Apolo,
 que si volver le daba de su imperio
 á la gran capital, en sacrificio
 le ofreciera los corderos todos
 que primero criasen las ovejas.
 Y metiendo en el nervio la hendidura
 de la saeta, su acerada punta
 con la siniestra mano sobre el arco
 ajustó, y hácia el pecho con la diestra
 trajo el torcido nervio. Y cuando tuvo
 el arco poderoso bien tirante,
 la flecha disparó; y en sordo ruido
 el arco rechinó, crujió la cuerda,
 saltó la flecha aguda, y por el aire
 ansiosa de clavarse caminaba.

Ni de tí, oh Menelao, se olvidaron
 los Dioses inmortales, y de todos
 Minerva la primera; que delante
 poniéndose de tí, la flecha amarga
 alejó de tu pecho, cuanto suele
 tierna madre alejar alguna mosca
 del hijo amado que sumido yace
 en dulce sueño; y dirigió la punta
 al paraje en que el cinto sujetaban
 los dorados anillos, y era doble
 la coraza. Rompió la flecha aguda
 el cinto, y por la cuera atravesando,
 se clavó; y aún la chapa que tenía
 para defensa de su cuerpo el héroe,
 y era contra los dardos fuerte muro
 y de morir le libertó, la punta
 cortó tambien, y el sonrosado cútis
 rasguñó levemente, y roja sangre
 de la herida corrió. Cual las mujeres
 de Caria ó de Meonia en rubicunda
 púrpura tiñen el marfil, y labran
 vistosas carrilleras que los frenos
 ornen de los caballos, y aunque muchos
 jinetes las codicien, en su casa
 las tienen sin vender para que sean
 alhaja de algun Príncipe, y un día
 sirvan de ornato al alazan brioso
 y muestren de su dueño la riqueza;
 tal en purpúrea sangre, oh Menelao,
 teñidos fueron tus fornidos muslos
 y tus piernas entónces, y abundosa
 llegó la sangre al cándido tobillo.

Estremeciósese Agamenon, el rojo
 humor viendo correr en abundancia,

y aún el mismo valiente Menelao se estremeció también. Mas cuando fuera vió del cútis el nervio que ajustaba al ástil la saeta, y que las puntas laterales del bronce penetrado no habían en la carne, dentro el pecho ánimo recobró. Pero afligido Agamenon, asíóle de la mano, y exhalando suspiros dolorosos, y gimiendo también los capitanes que en torno los cercaban, le decía:

«Caro á mi corazón! Cuando convine en que con los Troyanos por los Griegos tú sólo peleases y el tratado juré, tu muerte sin querer juraba; pues la pública fe violando impíos, te hirieron los Troyanos. Pero vana la sangre no será de los corderos ni las puras y santas libaciones, ni la jurada fe, ni las promesas en que debimos confiar. Si ahora el dueño del Olimpo su perjurio no castiga severo, ya más tarde en grave pena expiarán su crimen con sus cabezas, y las de sus hijos y sus esposas. Sí: lo sé, y el alma y el corazón lo anuncian; vendrá día en que, asolada la soberbia Troya, aparezca su Rey Príamo, y el pueblo belicoso de Príamo. El Saturnio Jove, que habita el éter y en las nubes tiene su trono, contra tal perfidia airado, sobre todos los perjuros su égida él mismo agitará espantosa, y falso no será mi vaticinio. Mas será grande mi dolor si mueres, Menelao, y al término llegaste ya de tu vida. De ignominia lleno á Argos volveré yo la deseada; porque los Dánaos del país nativo pronto se acordarán, y por trofeo dejaremos á Príamo y los suyos la argiva Elena; y sepultado en tierra de Troya tu cadáver, este campo tus huesos pudrirá sin que hayas visto la ruina de Ilión. Y de este modo, insultando á la tumba del valiente Menelao, dirán envanecidos los Teucros: ¡Ojalá que así de todos Agamenon se vengue, como ahora;

»que en vano trajo aquí tan formidable
»hueste de Aquivos, y á su patrio suelo
»y su casa volvió con los bajeles
»vacíos, y del fuerte Menelao
»aquí dejó el cadáver! Algun día
»así dirán los Teucros; pero entonces
»se hunda la tierra, y me sepulte vivo.»

Animándole el rubio Menelao,
«Ten buen ánimo (dijo), y no consternes
»á las tropas aquivas. La saeta
»en paraje mortal no se ha clavado;
»que el bien tejido ceñidor primero
»me defendió, y debajo la coraza
»y la chapa de bronce.» Enternecido
respondió Agamenon: «Oh Menelao!
»haga el cielo benigno que así sea,
»y el médico la herida dolorosa
»pronto te curará, medicamentos
»empleando suaves que mitiguen
»los acerbos dolores.» Y á Taltibio,
su heraldo, dijo en agitadas voces:

«Marcha, Taltibio, y diligente busca
»al sabio Macaon, el hijo ilustre
»del célebre Esculapio: dí que venga
»á Menelao á ver, á quien ha herido
»con aguda saeta algun troyano,
»ó licio, flechador. Suya la gloria
»y nuestro es el dolor.» Así á Taltibio
Agamenon decía, y á sus voces
obediente el heraldo, sin tardanza
recorrió las escuadras de los Griegos.
Y buscando entre todos con la vista
al héroe Macaon, le vió parado
en medio las escuadras de aguerridos
combatientes que á Troya le siguieran
de Trica abandonando las llanuras.
Y acercándose á él, estas palabras
rápidas dijo en doloroso acento:

«Ven, hijo de Esculapio, que el potente
»Agamenon te llama, porque veas
»á Menelao, á quien hirió perjurio
»con aguda saeta algun troyano,
»ó licio, flechador. Suya la gloria,
»y nuestro es el dolor.» Así decía
sollozando Taltibio; y al oírle,
de Macaon en lo interior del pecho
el alma se afligió, y ambos unidos
por medio de la gente atravesaban
el anchuroso campo de los Criegos.
Cuando venido hubieron al paraje

do herido fuera el rubio Menelao, y en torno de él estaban reunidos los primeros caudillos de su escuadra, y él, semejante á un Dios, en medio de ellos, el diestro Macaon tiró del palo de la flecha que fuera se veía del ceñidor labrado, y al sacarle sus puntas laterales se torcieron. Desató, pues, el ceñidor, la cuera, y la chapa de bronce; y cuando visto hubo la herida que el agudo bronce en el cútis hiciera, con sus labios chupó la roja sangre, y á la herida medicamentos aplicó suaves cuya virtud Quiron, por ser su amigo, á Esculapio enseñara. Miétras ellos en derredor estaban del Atrida atentos á curarle, las cohortes de los Troyanos, el arnés vestido, se pusieron en marcha, y los Aqueos diligentes se armaron, y al combate se preparaban todos. No verías al Rey Agamenon, ni perezoso, ni tímido y la guerra no queriendo, sino marchando en rápida carrera á la lid en que gloria los valientes adquieren inmortal. Dejó su carro (que en variadas labores guarnecían chapas de metal fino) y los bridones; y Eurimedonte, el escudero suyo, nacido del famoso Ptolomeo, los sacó de la fila y de las riendas los tenía, y fogosos anhelaban. Y mandando que pronto los tuviese cuando él volviera de correr cansado por entre las escuadras numerosas, recorrió á pie la dilatada hueste de los Dánaos. Y á aquellos que veía prepararse al combate, con sus voces nuevo ardor inspiraba; y cariñoso, acercándose á ellos, les decía:

«Aquivos! No desmaye el esforzado
»ánimo que mostráis. El padre Jove
»no será el auxiliar de los perjuros:
»antes hará que los voraces buitres
»se sacien de la carne delicada
»de los hombres sin fe que los primeros,
»la santidad violando de la tregua,
»nos acometen. Sus esposas caras
»y sus tiernos hijuelos en las naves

»llevaremos nosotros, cuando á Troya
»hayamos destruido.» Á los que vía tímidos rehusar la triste guerra, así, ceñudo, en iracundas voces avergonzaba: «Inútiles archeros!
»cobardes! sin honor! ¿No os da vergüenza?
»¿Por qué de vil temor sobrecogidos,
»parados así estais? Como los ciervos,
»si en rápida carrera atravesaron
»dilatada llanura, se detienen
»al cansancio rendidos, y en el pecho
»no les queda vigor; así vosotros,
»aquí parados, rehusais ahora
»marchar á la pelea. ¿Por ventura
»esperáis á que lleguen los Troyanos
»del espumoso mar á la ribera
»y empiecen á quemar nuestros bajeles
»para ver si del hijo de Saturno
»os defiende la mano poderosa?»

Cual supremo adalid, así las filas recorrió Agamenon de los Aqueos; y atravesando las escuadras, vino adonde los cretenses campeones á la voz del ardido Idomeneo se formaban. El Rey, que semejante era en valor al jabalí cerdoso, regía los primeros combatientes; y en tanto, Meriónes las falanges últimas animaba á la pelea. Gozóse mucho Agamenon al verlos, y en cariñosas voces al Cretense dijo: «Oh Idomeneo! Sobre todos los ilustres caudillos de la Acaya honrarte suelo yo tanto en la guerra como en tiempo de paz y en el convite, cuando las urnas de oloroso vino se llenan en honor de los primeros capitanes de Grecia: que los otros beben una porción determinada; pero tu vaso, como el mío, lleno está siempre á tu lado porque puedas beber cuando quisieres. Valeroso marcha, pues, y el denuedo en la batalla muestra de que otro tiempo hacer alarde solías.» Respondióle Idomeneo:

«Atrida! Siempre compañero tuyo,
»como ya lo ofrecí con juramento,
»yo seré fiel. A los demás Aquivos
»tus palabras animen, y el combate
»sin tardanza se empiece. Los Troyanos